

El universo familiar en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña

Por Guillermo PIÑA-CONTRERAS

EN AMÉRICA LATINA, figuras como la de Pedro Henríquez Ureña generan mitos. Se les venera no sólo por su labor cultural sino también por su conducta personal. En la mayoría de los casos esta afinidad entre lo intelectual y lo personal se debe a la relación casi insoluble que existe entre la producción intelectual y la actitud ante la vida de esas personalidades.¹ La conducta de Henríquez Ureña, en todos los órdenes de la vida, había sido trazada por sus padres desde su infancia en Santo Domingo. Ellos, a su vez, habían sido propagadores de las ideas positivistas del maestro puertorriqueño Eugenio María de Hostos. El positivismo hostosiano trataba de hacer hombres cabales, sin que la frontera entre la vida pública y privada fuera perceptible, poniendo particular empeño en la moral. La influencia de Hostos en los intelectuales dominicanos de principios del siglo xx se resume en estas palabras del historiador Américo Lugo:

Soy un discípulo de Hostos; él fue quien me formó espiritualmente después de mi padre. Él me ha enseñado que sólo y únicamente en la virtud estriban el honor, la integridad y la nobleza. Él contribuyó a constituir mi carácter. Mi conducta se inspira en él. Su enseñanza y su ejemplo son mis guías; lo sigo cuanto puedo, aunque sé cuán inalcanzable es la pureza de mi modelo. Me arredran aquellas temibles palabras con que el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, para quien Hostos era un coloso, termina su perfil sobre éste: "Seguidle, si podéis".²

¹ "Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo, y en América bajo el de ese gran civilizador, peregrino del justo saber y el justo pensar, que fue Andrés Bello", Alfonso Reyes, "Evocación de Pedro Henríquez Ureña", *Obras completas*, tomo xii, México, fce, 1960, pp. 163-164. Otro ejemplo que puede ilustrar ese mito que rodea la figura de Henríquez Ureña es lo que dice el dominicano Emilio Rodríguez Demorizi de su insigne compatriota: "Esa maternal convivencia, ese enraizamiento en la vida de la egregia mujer [Salomé Ureña], constituye en Pedro Henríquez Ureña un inexpresable estado de alma, tan vivo y entrañable que fue en él parte de su propia naturaleza, signo y explicación de su carácter, parte de sabio, parte de santo, parte de patriota", *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, Ciudad Trujillo, Universidad de Santo Domingo, 1947, p. 26.

² *Antología de Américo Lugo*, tomo iii, Santo Domingo, Taller, 1978, p. 163.

De manera que cuando Pedro Henríquez Ureña escribe, el 7 de agosto de 1914, a su íntimo amigo Alfonso Reyes que lo que se dijera de él en literatura no le afectaba tanto como lo que se relacionaba con la moral,³ estaba reproduciendo las enseñanzas de Hostos por intermedio de sus padres.

La influencia familiar en la vida del ilustre humanista dominicano se había convertido en un principio que no exceptuaba ni siquiera a sus familiares más cercanos. Esa protección de su vida íntima, llegando al extremo de no poner a su familia al corriente de los malos momentos que pasaba en su lucha por hacerse un puesto en el mundo cultural latinoamericano, contribuyen también a la creación del mito que rodea la figura de Pedro Henríquez Ureña.

Su vida privada era una cosa y su nacionalidad otra. Desde que se inició en la literatura, su país natal, República Dominicana, ocupó un lugar preponderante tanto en sus conferencias como en sus ensayos y artículos. Ese nacionalismo era una manera de poner de relieve un país que desde el siglo xvii había sido abandonado por la Corona española; y como era un país desconocido, era lógico que un intelectual como Henríquez Ureña fuera natural de una de las grandes ciudades de América Latina. Ernesto Sábato, quien fue su alumno en 1924, da una idea de esto: "Yo estaba en el primer año [de secundaria], cuando supimos que tendríamos como profesor a un 'mexicano'. Así fue anunciado y así lo consideramos un tiempo. Entró aquel hombre silencioso, y aristócrata en cada uno de sus gestos, que con palabra mesurada imponía una secreta autoridad".⁴

A principios del siglo xx resultaba más fácil dar a conocer la República Dominicana que hacer creer que un erudito de la categoría de Pedro Henríquez Ureña hubiera podido nacer y crecer en Santo Domingo. Ese tipo de fenómeno cultural tiene, por tanto, su explicación, sobre todo si se toma en cuenta que las grandes ciudades de América (las más importantes ciudades de Estados Unidos incluidas) no se encuentran en la base de su formación intelectual. Los centros culturales más desarrollados del continente contribuyeron más a enriquecer su cultura humanística que a su formación intelectual.⁵

³ Véase Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, *Epistolario íntimo*, tomo I, Santo Domingo, UNPHU, 1981, pp. 9-10.

⁴ Ernesto Sábato, "Pedro Henríquez Ureña", en *Apologías y rechazos*, Barcelona, Seix Barral, 1979, p. 55.

⁵ Baltasar Isaza Calderón dice, muy acertadamente: "En realidad Henríquez Ureña es factor coadyuvante y no beneficiario exclusivo de un ambiente [el de México] altamente desarrollado", "La formación cultural de Pedro Henríquez Ureña", en *El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña*, Santo Domingo, UNPHU, 1984, 245 págs.

Que la República Dominicana fuera ignorada en el resto del Continente hispánico, para aquel que conoce un poco de historia dominicana, no es extraño. “Digo siempre a mis amigos”, escribe Henríquez Ureña,

que nació en el siglo XVIII. En efecto, la ciudad antillana en que nació (Santo Domingo) a fines del siglo XIX era todavía una ciudad de tipo colonial, y los únicos progresos modernos que conocía eran en su mayor parte aquellos que ya habían nacido o se habían incubado en el siglo XVIII: el tranvía de rieles, pero de tracción animal, el alumbrado de petróleo, el pararrayos, el telégrafo eléctrico; el vapor mismo, cuyo principio se descubre y cuyas primeras aplicaciones se ensayan desde fines del siglo XVIII, si bien en la navegación hay que esperar a los primeros años del siglo XIX. Sólo había, en la ciudad, una que otra industria pequeña. En el país la única industria de gran desarrollo era la azucarera; el resto de la producción provenía de una lánguida y atrasada agricultura tropical.⁶

Contrariamente a lo que se puede pensar, Pedro Henríquez Ureña no es el único intelectual dominicano nacido en el siglo XIX que haya alcanzado renombre en América. De Santo Domingo salió también Manuel de Jesús Galván, el autor de *Enriquillo*, una de las principales novelas indigenistas del continente. Sin embargo, la diferencia entre Galván y Henríquez Ureña, al margen del talento propio de cada uno, está en la formación de ambos intelectuales. Galván, por su parte, adquirió cultura y se desarrolló fuera de la República Dominicana. Henríquez Ureña, aunque había salido de Santo Domingo en 1901 a la edad de 16 años, debe toda su formación al medio familiar en que nació y creció: “Yo debo a Santo Domingo la sustancia de lo que soy: claro que aquellos eran otros tiempos, tan sorprendentes para quien compara con países extranjeros, que no creo que allá [Santo Domingo] se den cuenta. Para quien compara, digo, y descubre que en países extranjeros se sabrá cuantitativamente más, pero no cualitativamente mejor. Pero todavía se puede hacer mucho”.⁷

Esta observación la hace casi al final de su vida, pero ya en 1909, cuando comienza la redacción de sus memorias, daba muestras de tener conciencia de la función que había tenido el universo familiar en su formación intelectual, pues consciente como era de la situación de la República Dominicana durante su niñez, sólo podía atribuir lo que era

⁶ Pedro Henríquez Ureña, “La antigua sociedad patriarcal de las Antillas”, en *Obras completas*, tomo V, Santo Domingo, UNPHU, 1979, p. 273.

⁷ Carta a Flérida de Nolasco del 27 de abril de 1941, en *Obras completas*, tomo IX, 1980, pp. 61-62.

ya a los 25 años al medio familiar e intelectual en que se desarrolló su infancia y parte de la adolescencia, en Santo Domingo:

En realidad, yo había tratado casi siempre con gentes de excepción; en mi país, sobre todo, me había tocado conocer a todas las mujeres superiores; ya sabía que había una multitud de gentes vulgares, pues algo me había mostrado la compañía de mis condiscípulos y las gentes que ahora solía tratar y las que veía en las fiestas sociales; pero *mi mundo*, mis gentes, eran así, del temple de los personajes de Ibsen: ¿por qué, entonces, se decía que estas escenas y estos tipos sólo se daban en el norte?⁸

Está claro que la suma de los años vividos en un lugar, en el caso de Pedro Henríquez Ureña precisamente, no tiene mucha importancia con relación a los pocos que pasó en su país y la importancia que ese periodo, que recubre desde el nacimiento hasta los 16 años, significó para él. Sobre todo los que pasó junto a su madre, fallecida en 1897. En resumidas cuentas, esos años junto a su madre, doce en total, tuvieron más influencia en su formación intelectual que todos los que pasó en diferentes países de América y de Europa.

A pesar de estas consideraciones sobre el fenómeno de Henríquez Ureña, resulta todavía cuesta arriba comprender cómo en una ciudad como el Santo Domingo de finales del siglo XIX, y en un país como República Dominicana, se pudiera formar un intelectual de esa categoría y rigor. Para tratar de comprender mejor ese resultado que es Pedro Henríquez Ureña, habría que echar un vistazo a la República Dominicana de esa época, al medio familiar y social de su infancia y sus repercusiones en los últimos cuarenta años de su vida, en que se vio asediado por el mito del retomo, pasando del entusiasmo a la decepción.

Papel de las familias Henríquez y Ureña en la República Dominicana de antes de 1884

EL 29 de junio de 1884, fecha de nacimiento de Pedro Henríquez Ureña, hacía apenas cuarenta años y unos meses que la República Dominicana se había independizado. No de España, como había sucedido en América del Sur, sino de Haití. Éste es un hecho significativo que da cuenta del poco interés que había mostrado la Corona española por su primera colonia americana desde finales del siglo XVII. El abandono había sido ratificado el 3 de junio de 1777 por el Tratado de

⁸ Pedro Henríquez Ureña, *Memorias-Diarios*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1989, pp. 61-62.

Aranjuez y el 22 de julio de 1795 por el de Basilea.⁹ En Aranjuez, España cedía de manera definitiva la parte occidental de La Española a Francia, y en Basilea le abandonaba toda la isla. Santo Domingo será un territorio completamente francés hasta el 1º de enero de 1804, cuando el general Jacques Dessalines proclamó la independencia de la parte occidental bajo el nombre de República de Haití. La oriental, el Santo Domingo español, como se decía entonces para distinguir lingüísticamente un territorio del otro, lo fue hasta 1809, cuando fue restituido a España —a pesar de su manifiesta indiferencia por su antigua colonia— por un movimiento de colonos.

La actividad literaria y cultural de ese periodo, que se extiende de la reconquista de 1809 hasta la invasión haitiana de 1822, era más bien nula, por no decir inexistente. Durante la España Boba, como se conoce ese momento de retorno a la “Madre Patria”, sólo se registran dos periódicos de corta duración en 1821: *El Telégrafo Constitucional de Santo Domingo* y *El Duende*, este último dirigido por José Núñez de Cáceres, aquel que, a finales de año, el 1º de diciembre, proclamaría, ante la mirada indiferente de las autoridades españolas, la independencia del Haití español, al mismo tiempo que solicitaba el protectorado de la Gran Colombia. Esa ilusión independentista fue frustrada por las tropas del general haitiano Jean-Pierre Boyer el 9 de febrero de 1822.

El panorama político y económico en que nació ese nuevo Estado independiente era propicio para que las fuerzas haitianas no encontraran resistencia en su empresa unificadora:

La invasión haitiana de 1822 —escribe Juan Bosh— se produjo en medio de —y gracias a— un vacío social; en el momento en que los hateros habían fracasado en el gobierno del país y cuando todavía no había ningún grupo que pudiera sustituir a los hateros como directores de la sociedad nacional, la masa del pueblo no tenía conciencia de su propio valer y sólo una minoría de esclavos —y los esclavos eran por sí mismos una minoría que probablemente no pasaba del diez por ciento de la población— conspiraba y luchaba por su libertad.¹⁰

⁹ “Durante este medio siglo (1795-1844) de acontecimientos calamitosos, Santo Domingo se despuebla: miles de familias, principalmente las acaudaladas, emigran a Cuba, a Puerto Rico, a Venezuela, hasta a Nueva Granada y a México. A veces, con la esperanza del regreso, cerraban sus casas con su instalación y su mobiliario completo; regresaban, en efecto, y bien pronto nuevos trastornos los obligaban a reexpatriarse”, Pedro Henríquez Ureña, “Dos momentos en la historia cultural de Santo Domingo”, en *Obras completas*, tomo x, 1980, p. 32.

¹⁰ Juan Bosh, *La composición social dominicana*. Santo Domingo, Alfa y Omega, 1980, p. 153.

Durante el periodo de la ocupación haitiana hasta la independencia de la República Dominicana el 27 de febrero de 1844, las actividades culturales se reducían a las pocas que realizaban los jóvenes independentistas. Las condiciones económicas, a decir verdad, no permitían un desarrollo de las artes y la literatura. A esto se agregaba la censura propia a todo ejército de ocupación, lo que obligó al reducido número de intelectuales que había permanecido en Santo Domingo a emigrar a otras colonias españolas del Caribe como Cuba y Puerto Rico o a las nuevas repúblicas del continente: México y Venezuela.

La situación cultural de la naciente República Dominicana cambió con la independencia. Una actividad literaria y artística comenzó a desarrollarse estimulada por el acontecimiento. Hubo un auge de la poesía llamada patriótica, motivada sobre todo por el largo periodo de guerra contra Haití que terminaría en 1856. Javier Angulo Guridí por ejemplo, uno de los escritores que habían abandonado el país durante los años de la ocupación haitiana, cantaba la patria desde Cuba. En Santo Domingo, el independentista Félix María Del Monte se convertiría en el gran poeta nacional. Con ese entusiasmo literario hizo su reaparición un tipo de poesía popular que ocupaba el lugar del relato y de la poesía épica para contar las guerras, las intrigas políticas y la vida cotidiana. En cambio, la novela no logró imponerse durante ese primer periodo de vida independiente y de instalación de las instituciones administrativas y republicanas.¹¹ Sin embargo, con unos años de retraso, llegó a Santo Domingo el romanticismo a través de los textos del poeta Manuel María Valencia. Este movimiento marcaría las principales obras literarias dominicanas de finales del siglo XIX.

¹¹ Pedro Henríquez Ureña sintetiza en estos términos la vida cultural dominicana entre 1846 y 1860: "El país comenzó a organizar su vida cultural. Se fundó (1° de diciembre de 1852) el Colegio San Buenaventura, especie de pequeña universidad donde se enseñaban las humanidades, matemáticas, medicina y derecho. Se crearon sociedades de cultura, como la de los Amantes de las Letras (1854), que estableció un teatro (1860), y la primitiva de Amigos del País (1846). La prensa, que había nacido en 1821, poco antes de la independencia efímera, reapareció ahora con nueva importancia: al lado de la prensa política y noticiosa se creó la literaria. El primer periódico de la República se llamó *El Dominicano* (1846): en él colaboraron Félix María Del Monte (1819-1899), el jurista y poeta más distinguido de su tiempo, José María Serra, antiguo miembro fundador de la Sociedad La Trinitaria: Pedro María Bobea y Manuel María Valencia (1810-1870). En 1851 el presidente Báez fundó la primera *Gaceta del Gobierno*. De aquel año son *El Eco del Ozama*, *La Española Libre* y *El Correo del Cibao*, en Santiago de los Caballeros, bajo la dirección de Alejandro Victoria, primer periódico que se publicó fuera de la capital. En 1853 se fundó *El Progreso*, dirigido por Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875), poeta criollista, abogado y maestro; en 1854, *El Porvenir* y *El Oasis*, órgano de la sociedad Amantes de las Letras (duró hasta 1855); en 1856 otro *Dominicano*, *El Eco del Pueblo*, *República* y *La Acusación*, en 1857, *La Reforma* y *El Cibaño*, ambos en Santiago; en 1859, la revista *Flores del Ozama*, nuevo órgano de los Amantes de las Letras, sustituido

Papel de las familias Ureña y Henríquez en el mundo cultural y político de la República Dominicana

FUE durante esos años que comenzó a distinguirse en la vida pública e intelectual dominicana Nicolás Ureña de Mendoza, abuelo materno de Pedro Henríquez Ureña. Había sido redactor de *La Española Libre*, un periódico de corta duración, y en 1853 fundó *El Progreso*, vocero político, literario y mercantil. Además de periodista, Nicolás Ureña era un abogado de reputación y un reconocido maestro. Su sensibilidad social le condujo a la actividad política para luchar en defensa de la soberanía nacional. Desde el Senado de la República manifestó su patriotismo. Sus posiciones políticas le condujeron a la cárcel y corrió el riesgo de ser fusilado en 1855.

Nicolás Ureña de Mendoza se ejerció también en el mundo de las letras. Escribió poesía, una poesía de costumbres, o, cuando no, motivada por sus pasiones patrióticas, sin mayor valor literario hoy día que el de precursor de lo que sería más tarde la literatura dominicana. Esa reducida producción poética expresaba la inquietud patriótica necesaria durante los años de 1855 a 1860, cuando se comenzaba a hablar de anexar la República a España, o cuando, poco después de la Restauración de la República en 1865, se volvió a insinuar el tema de la enajenación del territorio dominicano a Estados Unidos.

La anexión de la República Dominicana a España es el acontecimiento histórico que lanza la familia Henríquez, hasta entonces desconocida, a la vida pública dominicana. Contrariamente a la familia Ureña, los Henríquez no eran completamente criollos. Noel Henríquez (1813-1904), natural de Curazao, se había establecido en Santo Domingo, donde contrajo matrimonio con Clotilde Carvajal¹² a finales de la invasión haitiana. Pero el que se distingue no es Noel Henríquez, sino uno de sus hijos, Daniel, quien participó en la guerra de Restauración de la República bajo las órdenes del general Eusebio Manzueta.

el año siguiente por la *Revista Quincenal Dominicana*; en 1860, *El Correo de Santo Domingo*", Pedro Henríquez Ureña, "La Emancipación y el primer periodo de la vida independiente de la isla de Santo Domingo", en *Antología literaria dominicana*, vol. IV, Santo Domingo, IATEC, 1981, p. 260.

¹² Pedro Henríquez Ureña no puede negar la influencia que ejerció en él la literatura y la historia dominicanas de finales del siglo XIX. Reproduce los mitos del indio hasta en su genealogía, atribuyendo a su abuela paterna filiación con los últimos indios taínos de la isla de Santo Domingo: "Mi abuela paterna tenía sangre de los últimos indios dominicanos que permanecieron en la población de Boyá, en la jurisdicción concedida al cacique rebelde Guarocuya (Enriquillo) en el siglo XVI, de los cuales existían algunos puros todavía en el siglo XVIII", *Memorias-Diarios*, p. 35.

La aparición en el medio intelectual dominicano de Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal, los padres de Henríquez Ureña, se produce años después de la Restauración. Salomé publica su primer poema en 1866 con apenas 16 años, bajo el pseudónimo de *Herminia*. Francisco Henríquez y Carvajal se distingue mucho más tarde, pues era 9 años más joven que su futura esposa —había nacido en 1859. Cuando ella publicó sus primeros versos aún era un niño.

La formación intelectual de Salomé Ureña es digna de atención, sobre todo por la educación que ella misma daría a sus hijos a finales del siglo XIX. En los años que siguen al nacimiento de la poetisa, la mujer dominicana no recibía otra instrucción que las primeras letras. El elevado nivel cultural de la madre de Pedro Henríquez Ureña se explica por el interés que puso su padre por su instrucción y la de su hermana Ramona.¹³

A pesar de que Nicolás Ureña, como hemos dicho, no realizó una obra literaria de importancia, tenía una de las bibliotecas más importantes de la República Dominicana de su época (no se puede olvidar que era uno de los abogados con mejor reputación en el país, lo que implica además una buena cultura general). Pedro Henríquez Ureña, tanto en sus textos autobiográficos como en sus cartas y ensayos relacionados con Santo Domingo, hace constantemente alusión a la formación intelectual de su madre y al papel que desempeñó Nicolás Ureña en ella.¹⁴

En la República Dominicana existe el mito del indio. Desaparecido desde el siglo XVI, la literatura se encargó, a finales del siglo XIX de alimentarlo para evitar así la presencia del negro, a causa de las constantes guerras con Haití y también para marcar una distancia con España después de la guerra restauradora de 1863-1865. Henríquez Ureña, que había vivido y crecido en el medio intelectual que alimentaba ese mito, cae en la trampa y se atribuye orígenes indígenas del lado de la madre de su padre, véase Guillermo Piña-Contreras, *Enriquillo: el texto y la historia*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1985, pp. 44-45.

¹³ “Contra el asombro que manifiestan algunos poetas, Fernández Spencer entre ellos, acerca de la superior formación intelectual de Salomé Ureña, dado lo limitado del medio y los prejuicios contra la mujer, hay que observar que inteligencias como la suya suplen la educación ‘formal’ con la apropiación que hacen de casi todo el conocimiento de su época. Dando por descontada la temprana formación de Salomé Ureña dirigida por su propio padre, cosa harto sabida, hay que hacer notar que cuando Francisco Henríquez y Carvajal y ella entran en relaciones amorosas ella le exige que ‘le muestre el camino de las ciencias que él trilla’. En esta relación ella acrecentó su saber, pero ya antes estaba encarrilada en el estudio del derecho, de la anatomía, la matemática, las ciencias naturales y las humanidades. Antes de la llegada de Hostos, sus poemas revelan la relación de la filosofía, la historia, los mitos y la religión. Abrevadero que fue para ella el mismo que el de los intelectuales y poetas de su época, o anteriores a ella”, Diógenes Céspedes, *Prólogo a Poesías completas* de Salomé Ureña de Henríquez, Santo Domingo, Corripio, 1989, p. 22.

¹⁴ “En una de sus dos cartas recientes me pregunta [Sócrates Nolasco] qué habría sucedido si a Nicolás Ureña de Mendoza lo fusilan en 1855. (¿Estuvo en perspectiva su fusilamiento y lo salvó Florentino?): si, faltándole a Salomé la educación literaria que le

La Restauración de la República fue un estímulo para las artes y la cultura en Santo Domingo. La poesía de Salomé Ureña está estrechamente relacionada con los acontecimientos políticos de la época. El patriotismo era el tema preferido en un país en donde la soberanía estaba siempre amenazada. La reafirmación del sentimiento de autonomía que había puesto de manifiesto la guerra restauradora introdujo también cambios en la enseñanza: se reemplazó, en 1866, el Colegio Buenaventura por el Instituto Profesional. Esta institución fungiría de universidad hasta que en 1914 se le cambió el nombre por el de Universidad de Santo Domingo. Allí se enseñaban la medicina y el derecho. Federico y Francisco Henríquez y Carvajal desempeñarían un papel muy importante a principios del siglo xx en el Instituto Profesional.

Hacia finales de 1868, con el inicio de la guerra de independencia de Cuba, comienzan a llegar a Santo Domingo cientos de cubanos, patriotas unos y otros, que huían de la guerra. Ese momento marca un hito en el desarrollo económico de República Dominicana. Serían pues esos cubanos quienes unos años más tarde, cuando la situación política lo hizo posible, desarrollarían la industria azucarera en Santo Domingo. Sin embargo, la situación política no era aún propicia para tales inversiones. El gobierno presidido por Buenaventura Báez se convertía en 1868 en una dictadura con pretensiones de arrendar a los Estados Unidos la península de Samaná y, un año después, en 1869, proyectaba pura y simplemente la anexión de la República Dominicana al poderoso Estado del Norte de América. Nicolás Ureña fue uno de los primeros en levantarse, con su pluma, contra ese proyecto de Báez y se vio obligado al exilio. Es entonces cuando entra en acción Federico Henríquez y Carvajal y la Sociedad Amigos del País.¹⁵ A través de esta sociedad se realizó una intensa campaña de denuncia contra la

dio su padre, habría sido poetisa. Tal vez no. Pero tal vez el recuerdo de su padre la habría hecho inclinarse a la literatura. Y su madre, Gregoria Díaz, era muy aficionada a los versos: sabía de memoria centenares. Y de los que me recitó recogí muchos en esa antología manuscrita que hice a los once años y ahora está en el Museo; de donde veo que ahora sacan tantas cosas. Cuando se puso ciega, se hacía leer mucha literatura: yo le leí muchos versos”, Pedro Henríquez Ureña, “Cartas a Flérida de Nolasco”, 11/xi/1938, en *Obras completas*, tomo ix, p. 337. La frase: “Pero tal vez el recuerdo de su padre la habría hecho inclinarse a la literatura” es reveladora, pues fue el recuerdo de su madre que determinó su carrera literaria, como veremos más adelante.

¹⁵ La función de las sociedades en la América Latina del siglo xix era la misma que la de los salones y clubes de la Francia prerrevolucionaria. “Jugaron un papel en la difusión de las ideas de la ilustración y, principalmente a partir de la mitad del siglo xix, figuraron como verdaderas propagandistas del racionalismo positivista. Eran, en ausencia de partidos políticos modernos, los partidos de la época, pero sin la forma organizativa que hoy conocemos”. Céspedes, *Prólogo*, p. 128.

dictadura y se difundieron las ideas liberales de los intelectuales restauradores.

Con la caída de Báez en 1873, el panorama dominicano cambia completamente: la literatura cobra nuevos bríos. Salomé Ureña comienza a ser reconocida como la más importante poetisa dominicana. Sus textos cantan la libertad, la patria y el progreso, aspecto este último tan esperado por la sociedad dominicana de entonces. Ese cambio corresponde, según Pedro Henríquez Ureña, al segundo momento de la vida cultural dominicana y se extiende hasta 1903.

Los protagonistas de ese segundo momento son Salomé Ureña, Federico y Francisco Henríquez y Carvajal y todos los intelectuales que se agruparon en torno a la Sociedad Amigos del País y a la doctrina positivista introducida en Santo Domingo por el humanista puertorriqueño Eugenio María de Hostos en 1880 con la creación de la Escuela Normal y la reforma de la enseñanza dominicana. Estos jóvenes, a diferencia de sus padres que habían tomado las armas para crear lo que sería después de 1844 y 1865 la República Dominicana, iban a realizar su combate a través de la educación, la cultura y la política.

Eugenio María de Hostos y su influencia en Santo Domingo

Los nueve años que median entre Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal son el elemento que les hace entrar en momentos diferentes en la vida pública dominicana. Una diferencia que en lugar de alejarlos los acerca, pues la admiración de su futuro esposo por ella se debe, en gran medida, a su talento poético e intelectual. Salomé, como Federico Henríquez y Carvajal —hermano de Francisco— se distinguen respectivamente por sus versos y su prosa, poco después de la Restauración de la República. Francisco, en cambio, aparece en el medio intelectual de la capital dominicana gracias a un acontecimiento de otra índole: la residencia de Eugenio María de Hostos en Santo Domingo. No durante su primera estadía en 1875, sino en la segunda de 1878. Una relación que lo iba a convertir en el máximo exponente de las ideas hostosianas y positivistas en Santo Domingo.

Hasta 1879 la economía dominicana, a causa de la inestabilidad política que vivía el país, no había experimentado cambios de importancia. Desde 1865 más de cincuenta alzamientos y revueltas, así como la dificultad de los gobiernos para mantenerse en el poder —unos 21 gobiernos se habían sucedido entre esas dos fechas— mantenían en zozobra la economía nacional. Un gobierno liberal era reemplazado por un régimen dictatorial, y viceversa. Hasta que el Partido Liberal

Nacional o Partido Azul¹⁶ facilitó a los refugiados cubanos la implantación de la industria azucarera:

Lo que podría ser considerada, en términos históricos, la tercera etapa de la historia del azúcar dominicano viene a quedar iniciada en propiedad, no en 1874 ni en 1879 sino en 1880, el año en que comienza a alcanzarse en el país el grado de estabilidad política indispensable para que pudiera desarrollarse una industria que requería condiciones que no se habían dado en los treinta y seis años de vida republicana iniciados al comenzar el 1844.¹⁷

Los liberales del Partido Azul, encabezados por el general Gregorio Luperón, abrieron también las puertas a las ideas positivistas de Eugenio María de Hostos.

La llegada de Hostos a Santo Domingo resultaría además un aliento estimulante para los jóvenes escritores de la naciente República y de la incipiente literatura dominicana. Para Hostos —cuya madre era dominicana— establecerse en la única Antilla libre del Caribe hispánico para poner en práctica sus ideas, era una manera de ensayar lo que luego haría en otras islas del Caribe (Cuba y Puerto Rico, por ejemplo), con vistas a la unidad antillana.

El auge cultural de ese segundo momento es, en realidad, el punto de partida de la literatura dominicana. Todas las manifestaciones anteriores no eran más que ensayos de un pueblo en busca de su identidad. El vacío social de 1821 y la ocupación haitiana de 1822, así como la lucha por el poder político que se entabló entre los trinitarios y los hateros —contradicción que condujo a la anexión a España en 1861—, prueban que la conciencia nacional no estaba aún preparada para traducirse en una literatura dominicana lo necesariamente coherente. A partir de 1870 comienzan a ser publicados los textos de los escritores nacidos bajo la República. En ellos la influencia del neoclasicismo y del romanticismo es evidente. Estos dos movimientos caracterizan la mayoría de los textos de finales del siglo pasado. Algunas interpretaciones del romanticismo o la unión de éste con otras corrientes literarias dominaban el mundo intelectual dominicano. Por ejemplo, a pesar de la fuerte influencia del romanticismo en Santo Domingo, no se logró desplazar completamente al neoclasicismo (Salomé Ureña es una buena

¹⁶ Se le llamaba de esta manera para oponerlo al Partido Rojo que lideraba Buenaventura Báez. Lo de “rojo” y “azul” correspondía a la cinta que llevaban los partidarios de uno y otro partido para distinguirse.

¹⁷ Juan Bosh, *Las dictaduras dominicanas*, Santo Domingo, Alfa y Omega, 1988, pp. 26-27.

ilustración de esto), pero ambas corrientes perdieron influencia con la llegada del modernismo a finales del siglo XIX.

La influencia del romanticismo es manifiesta en el tema más importante de la naciente literatura dominicana: el indigenismo. El precursor de esta corriente es Javier Angulo Guridi. Su extenso relato *La Ciguapa*, publicado en 1876, narra una creencia que se tiene en el Caribe sobre la desaparecida raza aborígen. En ese mismo contexto, José Joaquín Pérez (1845-1900) publica, en 1877, su colección de poemas *Fantasías indígenas*.¹⁸ Es en ese momento, en 1879, que Manuel de Jesús Galván publica la primera parte de *Enriquillo*. La publicación completa de esta novela se hace en 1882. Hasta la publicación completa de la conocida novela de Galván, ningún texto de ficción dominicano había sido tan extenso.¹⁹ Esta obra marca, en República Dominicana, el punto de partida de una escritura novelesca más prolífica.²⁰

Es en ese contexto económico, político y cultural que Hostos pone en práctica sus ideas. Antes de su llegada, en Santo Domingo se vivía en la más completa ignorancia constitucional y no existía casi ninguna formación humanística. Hostos, con la ayuda de los liberales del Partido Azul y la colaboración de la Sociedad Amigos del País, introduce en República Dominicana el racionalismo —tan anhelado en la poesía de Salomé Ureña— y la enseñanza laica.

Hostos organizó, por encargo del general Luperón, la Escuela Normal y la reforma de la enseñanza en 1880, durante el gobierno de monseñor Fernando Arturo de Meriño (1833-1906), el candidato triunfador del Partido Azul en las elecciones de ese mismo año. Como

¹⁸ En la edición original de *Fantasías indígenas* aparece en exergo el poema "Impresiones" de Salomé Ureña, el cual puede ser considerado como el proyecto de su extenso "Anacaona" publicado en 1880.

¹⁹ "Era la primera novela dominicana [*Enriquillo*] de largo aliento que veía la luz pública, pues en Santo Domingo hasta ese momento sólo se hacían tradiciones y novelas cortas. Primera en el tiempo, también lo es en la calidad. Sin temor a incurrir en exageraciones cabe afanar que la novela de Galván conserva su primicia en el género, dentro de la literatura dominicana. Y es la mejor novela que produjo el movimiento indigenista en toda América", Max Henríquez Ureña. *Panorama histórico de la literatura dominicana*. Brasil, Universidad de Brasil, 1945, p. 228.

²⁰ Citemos, a guisa de ilustración, la novela *Engracia y Antoñita* (1893) de Francisco Gregorio Billini (1844-1898), un texto de gran calidad literaria. Esta novela fue prohibida durante la tiranía de Trujillo (1930-1961) porque narraba la historia de uno de los ancestros del tirano. No queremos comenzar a citar nombres y títulos, porque, a veces, muchos escritores figuran en las historias de la literatura dominicana por razones que no conciernen a la calidad. A partir de la publicación de *Enriquillo*, la literatura dominicana se hace más exigente. He aquí una lista de textos cuyo tema es el indio: *Maireni* (1865) de Gastón F. Deligne (1861-1914); *Caonabo* (1900) de Luis Cohén Marchena (1870-1908); *Guarocuya: el monólogo de Enriquillo* (1901) de Federico Henríquez y Carvajal (1848-1951); *Enriquillo y el Bahoruco* (1910) y *La Leyenda de oro* (1912) de Bienvenido Nouel.

sacerdote estaba opuesto a las ideas de Hostos, pero como representante de un partido liberal que, por lo demás, lo había llevado a la presidencia de la República, estaba obligado a dar carta blanca a los positivistas hostosianos y sus reformas. Entre éstos se distinguieron los hermanos Francisco y Federico Henríquez y Carvajal. El primero iba a ser considerado por sus coetáneos como el colaborador más inteligente y estudioso del maestro puertorriqueño.

Pero la revolución intelectual de Hostos en República Dominicana no se detiene con la Escuela Normal y la reforma de la enseñanza: Francisco Henríquez y Carvajal y José Pantaleón Castillo, bajo el influjo de esas ideas, crearon en Santo Domingo la Escuela Preparatoria. Henríquez y Carvajal, positivista convencido, era, al mismo tiempo que difundía esas ideas, secretario particular del presidente Meriño. La aparente contradicción entre la relación de positivistas y hombres de Iglesia no lo es si se toman en cuenta las costumbres políticas de sociedades como la dominicana de entonces. Diógenes Céspedes apunta con precisión que la

aclimatación del positivismo, así como de cualquier idea revolucionaria, en el campo que fuere, sufrió y ha sufrido siempre en nuestro país un proceso de mediación que termina por lo general desfigurando esa idea y tomando de ella el aspecto más conservador. Esto para explicar el porqué el positivismo y los ideales de la masonería en nuestro país, desde su introducción, convivieron armoniosamente con la Iglesia. Así se explica que Salomé Ureña, abanderada del positivismo a nivel poético, produzca un tipo de composición como éste ["La transfiguración"], dedicado a exaltar la figura de quien combatía acremente a aquellos que quisieron llevar el positivismo más allá de ese delicioso connubio de salón entre curas y escritores.²¹

A pesar de su juventud, Francisco Henríquez y Carvajal era uno de los intelectuales más prominentes del país, aunque no tenía, como la mayoría de los intelectuales dominicanos de entonces, una obra publicada. Era un entusiasta promotor de la ciencia nueva, a saber del positivismo, y uno de los principales cuadros de la revolución cultural que vivía en esa época la República Dominicana. Fue en medio de esa revolución que contrajo matrimonio, el 11 de febrero de 1880, con la poetisa Salomé Ureña.

Ni Pedro ni Max Henríquez Ureña hacen alusión a las circunstancias del encuentro de sus padres. Tampoco refieren la diferencia de edad que existía entre ellos: Salomé era nueve años mayor que Francisco. Es evidente que en un medio tan pequeño como era entonces

²¹ Céspedes, *Prólogo*, p. 146.

Santo Domingo se conocieran, sobre todo si se toma en cuenta la relación de Salomé Ureña con la Sociedad Amigos del País y con Federico Henríquez y Carvajal, su principal animador, a quien había dedicado el poema "Gratitud" en 1874. Sin embargo, no parece que se conocieran antes. La diferencia de edad era un factor determinante que los situaba en medios distintos. El acercamiento, noviazgo y posterior matrimonio entre Salomé y Francisco se produce pues en medio del estímulo que había significado la presencia de Hostos en Santo Domingo, y gracias al papel que ellos desempeñaron en la reforma de la enseñanza dirigida por el ilustre pensador puertorriqueño. La única alusión que se tiene hasta ahora de sus relaciones la hace Francisco en "Obit in pace", un artículo publicado el 8 de marzo de 1897, dos días después de la muerte de su esposa: "Cuando en mis primeros juveniles años, adolescente casi, oí sorprendido y gozoso los sublimes acordes de tu patriótica lira, sentí que una fuerza extraña subyugó mi espíritu. No te conocía, nunca te había visto; pero desde entonces satélite fue mi alma de la tuya, como errabundo astro que un sol poderoso fija en su órbita".²²

El matrimonio significó para Salomé Ureña, con excepción de algunos momentos, el abandono de la poesía. Desde el 11 de febrero de 1880 hasta su muerte el 6 de marzo de 1897, se consagró de tiempo completo, bajo el estímulo de su esposo y de las ideas de Hostos, a la educación de la mujer dominicana a través del Instituto de Señoritas, fundado el 11 de noviembre de 1881, y, en el hogar, a la de sus hijos Francisco, Pedro y Max. Una educación que influiría de manera importante en la vida intelectual de Pedro Henríquez Ureña.

Influencia materna y sociedad dominicana durante la infancia de Pedro Henríquez Ureña

DE los hijos del matrimonio Henríquez-Ureña, sólo Francisco,²³ el mayor de los cuatro, no se dedicó a las letras. Los demás, Pedro, Max y Camila, consagraron sus vidas respectivas a la enseñanza y a la investigación literaria, sobresaliendo de manera brillante, como es el caso de Pedro, en las letras hispanoamericanas del siglo xx. Con excepción de Camila, que sólo contaba tres años a la muerte de su madre el 6 de marzo de 1897, todos recibieron una educación directa de Salomé Ureña, particularmente Pedro y Max, quienes pasaron cua-

²² Silveria Rodríguez Demorizi, *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas* citado por Céspedes, *Prólogo*, p. 97.

²³ El matrimonio Henríquez-Ureña tuvo cuatro hijos: Francisco (1882-1962), Pedro (1884-1946), Max (1885-1968) y Camila (1894-1973).

tro años, de 1887 a 1891, solos con ella mientras su padre realizaba estudios de medicina en París, adonde había llevado a su hijo mayor.

Esos años de educación materna directa, sin la presencia del padre, iban a determinar la carrera literaria de Pedro y Max. El caso de Francisco está estrechamente relacionado con esos años que pasó junto a su padre en París y por esta razón tiene una concepción del mundo completamente diferente a la que Salomé Ureña había inculcado a sus hermanos. En Camila, la influencia materna se produce a través de sus hermanos y se traduce en su práctica profesional: consagró toda su vida a la enseñanza y a la defensa de los derechos de la mujer. Francisco Henríquez y Carvajal, a pesar de su gran admiración por las Humanidades y las Bellas Artes, se opuso siempre a la inclinación de Pedro por las letras, como veremos más adelante, sin resultado. En cambio, tuvo una cierta influencia en el mayor de sus hijos, quien se convertiría en un experto corredor de seguros.

El 29 de junio de 1884, al nacer Pedro Nicolás Federico Henríquez Ureña,²⁴ sus padres eran dos de las más importantes figuras intelectuales de la vida cultural dominicana. Desde hacía tres años Salomé dirigía con éxito el Instituto de Señoritas. Ese mismo año, el 28 de septiembre, la Escuela Normal —fundada por Hostos en 1880— graduaba su primera promoción de maestros normales,²⁵ entre los que sobresalen Lucas T. Gibbes y Francisco J. Peynado, quienes luego realizarían un papel importante en los inicios de la carrera literaria de Pedro Henríquez Ureña.

En 1884, la República Dominicana comenzaba a ensayar, por primera vez en cuarenta años de vida independiente, cierta estabilidad política y un estimulante auge intelectual. El Partido Liberal Nacional,

²⁴ Los nombres de Pedro Henríquez Ureña tienen una explicación: Pedro, por el calendario; Nicolás, por su abuelo materno, el poeta, abogado, senador y magistrado Nicolás Ureña de Mendoza; Federico, por su tío y padrino Federico Henríquez y Carvajal. La relación de la familia Henríquez-Ureña con el mundo intelectual dominicano era tan estrecha que a veces se transformaba en lazos parentales. Por ejemplo, el padrino de confirmación de Pedro era Emilio Prud'homme, el autor del himno nacional dominicano. Es curioso que esos intelectuales positivistas, a pesar de ser laicos, practicaran ritos de la Iglesia católica.

²⁵ El papel de la Escuela Normal en la vida cultural y política de la República Dominicana es de suma importancia; Hostos la resume, en su discurso durante el acto de graduación de la primera promoción de normalistas, con estas palabras: "Al querer formar hombres completos, no lo quería solamente por formarlos, no lo quería tan sólo por dar nuevos agentes a la verdad, nuevos obreros al bien, nuevos soldados al derecho, nuevos patriotas a la patria dominicana: lo quería también por dar nuevos auxiliares a mi idea, nuevos corazones a mi ensueño, nuevas esperanzas a mi propósito de formar una patria entera con los fragmentos de patria que tenemos los hijos de estos suelos", Emilio Rodríguez Demorizi, *Hostos en Santo Domingo*, vol. 1, Ciudad Trujillo, Imp. J. R. vda. García Sucs, 1939, p. 157.

el Partido Azul que encabezaba el general Gregorio Luperón, estaba en el poder desde 1880 y había dado las garantías necesarias a la industria azucarera para implantarse en el país; en 1882, por ejemplo, cerca de veinte ingenios de azúcar operaban en la República Dominicana. La industria azucarera transformaría la política dominicana completamente, pues contribuiría a atenuar el papel de modo de subsistencia que desempeñaba hasta entonces la política en Santo Domingo. La vida institucional comenzaba a poner sus primeros pilares.

Al nacer Pedro Henríquez Ureña, el presidente de la República era el general Ulises Heureaux, quien fue sustituido en septiembre por Francisco Gregorio Billini, el autor de la novela *Bani* o *Engracia y Antoñita*. Sin embargo, la presión política de Heureaux —por tanto del Partido Azul— obliga a Billini a renunciar el 16 de mayo del año siguiente, dejando en la Presidencia a Alejandro Woss y Gil. Todas esas presiones políticas de Heureaux, con el apoyo de los conservadores, le permitieron romper la hegemonía del partido del general Luperón y comenzar a construir las bases de una dictadura personal. Gracias a su estrategia desestabilizadora, al fraude y al terror político, Ulises Heureaux fue elegido presidente de la República en las elecciones de julio de 1886, tomando posesión del cargo, como lo preveía la Constitución, el 6 de enero de 1887. Desde esa fecha, hasta su asesinato el 26 de julio de 1899, no dejó el poder. Olvidó su época liberal y se convirtió en el peor de los dictadores dominicanos hasta entonces.

El hecho que Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal se encontraran en el centro de esa revolución que experimentaba la educación y la cultura dominicanas se iba a reflejar en sus hijos. Para Salomé, poner en práctica sus ideas era una tarea sencilla, pues el Instituto de Señoritas, que dirigía desde hacía unos años, funcionaba en su propio hogar. De modo que proporcionarles una enseñanza acorde con los principios de la educación positivista no le planteaba problema alguno. Max, al evocar la infancia de su hermano Pedro, explica que la educación que recibieron en Santo Domingo era un proyecto deliberado de sus padres.²⁶ Esa educación doméstica desarrollaría un papel determinante en la vida intelectual de Pedro y de sus hermanos Max y Camila: “Mis padres”, explica Pedro en sus *Memorias*,

no gustaban de la educación que en el país se da a los niños, y no nos dejaban corretear, como los otros, por las calles y plazas formando amistades de todo orden, ni siquiera las fomentaban entre nosotros y los niños

²⁶ Véase Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, en Pedro Henríquez Ureña, *Antología*. Santo Domingo, Taller. 1984, p. xiv.

que visitaran nuestra casa [...] Tampoco íbamos a escuelas; concurríamos, sin mucha regularidad, a los cursos infantiles del Instituto dirigido por mi madre, instalado en nuestra misma casa. Aprendí a leer desde antes de cumplir los cuatro años, y desde los seis comencé a tomar afición a algunos estudios; por un tiempo los números, y luego la historia natural.²⁷

La estabilidad política que vivía el país —la cual en cierto modo era obra de Ulises Heureaux, tanto en el orden político como en el militar— realizó un papel importante en la familia Henríquez-Ureña. Francisco, el padre, quien había hecho sus primeras armas en la política como secretario particular del presidente Meriño, se había relacionado con el general Heureaux a tal grado que había aceptado ser el padrino de su hijo. Esta relación, además del prestigio del entonces joven intelectual Francisco Henríquez y Carvajal, fue la que le permitió salir de Santo Domingo y realizar estudios de medicina en París. Sin cargo diplomático, pero con la misión de servir de preceptor del hijo del presidente, Henríquez y Carvajal llegó a París acompañado de su ahijado y de su hijo mayor en 1887. En esa época el presidente Heureaux se mantenía fiel a ciertos principios liberales del Partido Azul.

Fue durante la ausencia de su marido y de su hijo mayor que Salomé Ureña puso en práctica la educación directa de Pedro y Max. Ella había hecho sus pruebas en la reforma de la enseñanza dominicana y sobre todo en la de la mujer. Ocuparse ahora de sus hijos, con más elementos que los de su padre cuando se dio a la tarea de hacer de ella una mujer diferente de las demás dominicanas, no era difícil. Eugenio María de Hostos, poco después de su muerte, sintetiza esa vocación con estas palabras: “Naturalmente, no había de ser una maestra vulgar, y tomó sobre sus hombros la tarea de ayudar a la reforma de la enseñanza que entonces se estaba efectuando con grandes penalidades del reformador [Hostos]. La reforma de la enseñanza aplicada a la de la mujer, dio útil y fructuosa ocupación a aquella noble alma tan ansiosa de bien para sus semejantes”.²⁸

La relación de Salomé Ureña con sus hijos iba a determinar sus vidas en todos los aspectos. Particularmente en Pedro, a quien ella había observado durante esos primeros años de formación infantil. La actitud del niño con respecto a los estudios le había inspirado un poema que, en fin de cuentas, preconiza la vida del hoy reconocido humanista dominicano:

²⁷ Pedro Henríquez Ureña. *Memorias-Diarios*, p. 37.

²⁸ Eugenio María de Hostos, *Páginas dominicanas*. selección de Emilio Rodríguez Demorizi, Santo Domingo, Taller, 1979, p. 246.

Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienas aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.

¡Si lo viérais jugar! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus juegos:
la fuerza del progreso lo domina.

Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.

Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.

Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.

Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternura
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!²⁹

Ese poema fue escrito en dos momentos diferentes: las primeras cuatro estrofas en 1890, durante la ausencia de su marido, y las dos últimas poco antes de morir. De acuerdo con Pedro Henríquez Ureña, fueron los últimos versos escritos por Salomé. Las circunstancias en que ella termina “Mi Pedro” tienen cierta relación con las que vivía cuando escribió las primeras estrofas: Francisco, su marido, estaba fuera de Santo Domingo, esta vez por razones políticas. Ese poema puede ser considerado como visionario y al mismo tiempo como el proyecto de una madre con respecto al deseo de lo que quería que su hijo fuera en el futuro.

²⁹ Salomé Ureña de Henríquez, “Mi Pedro”, en *Poesías completas*. Santo Domingo, Corripio, 1989, pp. 292-293.

El texto no hubiera tenido importancia si Pedro no hubiera sido lo que fue posteriormente y, vale señalarlo también, si él no hubiera tomado tan en serio esos versos. La poetisa había notado el interés de su hijo por el estudio, por el progreso (acontecimiento tan enarbolado por los positivistas dominicanos), en una sociedad que, como explica el mismo Henríquez Ureña, vivía aún en el siglo XVIII. Había observado también el amor de su hijo por todo lo que concernía a la patria, un amor que luego se tradujo en sus obras, aunque de esa patria sólo tuviera el recuerdo de los años que vivió allí junto a su madre. Después del 6 de marzo de 1897, cuando falleció Salomé Ureña, Pedro permanecería en el país unos años interrumpidos por varias estadías en Cap-Haïtien, donde se había radicado su padre desde que había comenzado a sentir que la vida bajo la dictadura de Heureaux era imposible. Rodríguez Demorizi considera, con razón, que ese poema determinó la vida de Pedro Henríquez Ureña:

Dentro de esa órbita de la poesía maternal se mueve imperturbable la vida luminosa de Pedro Henríquez Ureña, como si él se empeñara en ser fiel a su destino; a la noble aspiración de que él fuese cabal hombre de estudio, amante de su patria. Eso fue siempre, sin una sola y breve desviación, el ilustre hijo de Salomé Ureña, en cuyo hogar se formó su espíritu, se acendrarón sus gustos literarios, se afinaron sus sentimientos y echó raíces vigorosas su devoción por la tierra de sus mayores.³⁰

Pedro y Max, en sus respectivas memorias, cuentan con detalles la educación que recibieron de sus padres y las razones por las que éstos se negaban a que asistieran a la escuela pública: la juzgaban insuficiente. Sin embargo, al margen de las deficiencias de la educación dominicana, había otros factores de tipo ideológico que podrían ser tomados en consideración. Por ejemplo, para educadores positivistas como Salomé Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal era inadmisibles enviar a sus hijos al colegio San Luis Gonzaga, dirigido entonces por el padre Francisco Xavier Billini quien, además de ferviente opositor al positivismo, había sido anexionista. Todo lo contrario de lo que representaba en Santo Domingo el matrimonio Henríquez-Ureña.

La infancia de Pedro Henríquez Ureña se desarrolla en un mundo de adultos. De niño y adolescente su hogar era frecuentado por poetas y escritores que participaban junto a sus padres en la reforma de la enseñanza, de las letras y de la política del país. Tertulias y reuniones políticas determinaron esos primeros años de formación intelectual a

³⁰ Rodríguez Demorizi, *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, p. 9.

tal grado que los numerosos primos del lado paterno nunca tuvieron lugar en la infancia de los Henríquez Ureña. El único compañero de juego durante los años dominicanos de Pedro fue su hermano Max, porque era el único que estaba dispuesto a compartir y a imitar el universo que sus padres les habían creado: organizaban funciones de teatro, redactaban periódicos familiares y hasta elaboraron, con los recortes de periódicos de la biblioteca de su abuelo materno, una antología de la poesía dominicana. La imitación de la actividad intelectual de sus padres se manifestaba también en la creación de una sociedad que reproducía en todos sus términos a los Amantes del País, de la cual su tío Federico y su padre eran los principales promotores.

A finales del siglo xix se recibían en el hogar de los Henríquez Ureña todas las publicaciones periódicas del país. En casa de Pedro y Max se vivía al margen del atraso al que la inestabilidad política y calamidades históricas habían sometido a la República Dominicana. Salomé, quien nunca salió del país, estuvo siempre al corriente de lo que pasaba en el resto del mundo, como lo revela su obra poética. Se puede suponer que su marido, durante su estadía en París, le hacía llegar publicaciones francesas, pues sus hijos cuentan que les leía poemas y obras en francés: “A veces nuestra madre nos traducía, leyéndonos unas cuantas páginas por día, algún libro que nos interesaba conocer. En esta nueva residencia teníamos, exclusivamente para nosotros, un cuarto de juegos que en realidad era destinado a lecturas y a conatos de representaciones teatrales”.³¹

De manera que cuando Pedro Henríquez Ureña dice que había nacido en el siglo xviii, no se refiere a su hogar, sino a la República Dominicana de entonces. Su casa era una especie de mundo aparte en donde se estaba al corriente de cuanto acontecía en el “mundo civilizado”. Su madre era la más importante poetisa dominicana y su padre —además de abogado— había obtenido el título de doctor en medicina de la Universidad de París. Pedro y Max eran los hijos de dos miembros prominentes de la élite intelectual que preparaba la República Dominicana a entrar en el siglo xx y al mundo civilizado.

La descripción, el resumen que hace Pedro Henríquez Ureña de la República Dominicana en “La antigua sociedad patriarcal de las Antillas” proporciona una idea bastante completa de la situación tecnológica de Santo Domingo en 1884. El “progreso”, tan cantado por su madre en su poesía, llega al país en 1868 con los cubanos que huían de Cuba a causa de la primera guerra de independencia. Es en ese momento cuando, gracias a la ayuda científica aportada por éstos, se vol-

³¹ Max Henríquez Ureña, “Hermano y maestro”, p. xxi.

vió a cultivar, con miras capitalistas, el tabaco y la caña de azúcar. Hay que tener en cuenta también que han sido las dictaduras las que han introducido la modernidad en República Dominicana. Con Heureaux se introdujo el ferrocarril y Trujillo ¡desgraciadamente! terminó de poner al día la patria de Pedro Henríquez Ureña. Cuando éste nació en 1884, el proceso de modernización había comenzado. El proceso llegó de manera vertiginosa, casi sin transición, explica Henríquez Ureña.

Hacia 1890, un año antes del regreso de Francisco Henríquez y Carvajal a Santo Domingo, comenzaban a apreciarse los primeros signos de desarrollo de la República Dominicana. No sólo se habían constituido los primeros sindicatos azucareros, sino que en junio de ese año se realizó la primera huelga obrera de la historia dominicana. Sin embargo, Heureaux no era ya el presidente liberal de principios de 1880. Todo lo contrario, se había convertido en el jefe de una dictadura personal. Ese cambio en la política del presidente fue el que provocó la ruptura de Henríquez y Carvajal con su amigo y compadre a su regreso en 1891. La actitud de Henríquez y Carvajal con respecto a la política de Heureaux era la misma que habían tomado los positivistas-hostosianos dominicanos y, además, como todos sus compañeros, era un ferviente defensor de la soberanía nacional, cosa que el dictador dominicano no tomaba en cuenta para satisfacer su proyecto personal.

La oposición de los positivistas a la política de Heureaux tuvo sus consecuencias. Las instituciones creadas por Hostos y sus seguidores se convirtieron en el blanco de los ataques del poder. Esta situación política fue la que impidió que Henríquez y Carvajal, a su regreso de París, pudiera ejercer la medicina en Santo Domingo y se viera obligado a radicarse en Cap-Haïtien, dejando de nuevo a su mujer e hijos en República Dominicana.

El Instituto de Señoritas que dirigía Salomé Ureña fue cerrado en 1893, aparentemente por razones de salud de su directora, aunque en realidad este cierre obedecía a razones políticas, pues la dictadura de Heureaux no podía permitir que las instituciones positivistas, en las que se predicaba la libertad, siguieran funcionando en el país. Es necesario hacer notar también que la dictadura no ejercía una presión directa sobre esas instituciones, tal vez por el hecho de que el dictador había sido liberal y aún le quedaba algo del espíritu liberal que, lamentablemente, le había llevado al poder.

Max y Pedro Henríquez Ureña sostienen en sus diferentes trabajos autobiográficos que la causa del cierre del Instituto de Señoritas fue únicamente la precaria salud de su madre. Ahora bien, en 1950, fecha de publicación de la primera edición de *Pedro Henríquez Ureña, Antología*,

Max era funcionario de una dictadura mucho más radical que la de Heureaux: la de Trujillo (1930-1961), de modo que este carácter no podía hacer alusión a esa dictadura ni a la represión ideológica ejercida por ella en la última década del siglo XIX ---cosa que podía ser interpretada como una construcción en abismo. Y además la dictadura de Trujillo había comenzado a estudiar la posibilidad de suprimir la enseñanza positivista en Santo Domingo por presiones de la Iglesia católica.³²

La situación política y las consecuencias de la represión de que fueron objeto los positivistas en Santo Domingo durante la década de 1890 iban a desempeñar un papel importante en la familia Henríquez-Ureña. Por primera vez, aunque bajo la vigilancia de Salomé Ureña, Francisco, Pedro y Max asistieron a la escuela dominicana:

Por fin, escribe Pedro en sus *Memorias*, en febrero de 1895 se abrió un importante colegio particular, el Liceo Dominicano, dirigido por Emilio Prud'homme, compañero de estudios de mi padre y padrino mío de confirmación; por primera vez (salvo unos meses en que asistimos a las clases de Geografía en la Escuela Preparatoria dirigida por José Pantaleón Castillo, quien poco después perdió la razón) concurríamos a una escuela fuera de nuestra casa. El Liceo estaba informado en el espíritu de la pedagogía reciente, pues Prud'homme, lo mismo que mi padre y el malogrado Castillo, había recibido influencia de Hostos, ausente del país por la hostilidad del tirano Heureaux.³³

Esta inscripción en la institución del autor del himno nacional dominicano puede garantizar a Salomé y Francisco continuar la educación positivista que, por razones de salud, Salomé no podía seguir impartiendo. Max, por su parte, es todavía más preciso que su hermano al decir que "el Liceo Dominicano resolvió la cuestión: ir a la escuela de Prud'homme, que tan identificado estaba con nuestros padres, era más o menos igual que seguir los estudios en nuestra propia casa".³⁴

Muchos especialistas no logran explicarse, al analizar lo que era la República Dominicana a finales del siglo XIX, la erudición de Pedro Henríquez Ureña. El país era exactamente lo que éste refiere en su conferencia "La sociedad patriarcal de las Antillas", una sociedad del siglo XVIII. Sin embargo, en su casa se vivía en otro universo, un mundo al tanto de lo que pasaba en el resto del continente y del mundo occidental. Todo el empeño de Max y Pedro en sus recuerdos de

³² La enseñanza positivista fue definitivamente abolida en República Dominicana en 1952.

³³ Pedro Henríquez Ureña, *Memorias-Diarios*, p. 42.

³⁴ "Hermano y maestro", p. xviii.

infancia conducen a decir que por su hogar desfilaba toda la cultura dominicana de entonces.

La actividad intelectual de Pedro en México, unos años más tarde, no es más que una reproducción de lo que había visto hacer durante años en su universo familiar. Lecturas compartidas y discusiones intelectuales constituían los juegos infantiles de los hermanos Henríquez Ureña. Fue en su casa de Santo Domingo que conocieron en 1893 al patriota y escritor cubano José Martí, quien se había relacionado tanto con su tío Federico Henríquez y Carvajal que lo designó su ejecutor testamentario. La relación de la familia Henríquez con Martí está estrechamente asociada al papel del dominicano Máximo Gómez en la independencia de Cuba, quien también era amigo de la familia. Hay que señalar además que, como Pedro, Max Henríquez Ureña se ocupó en sus trabajos literarios de desarrollar ideas sobre esos latinoamericanos que había conocido en su casa. En *Breve historia del Modernismo*, puso claro el papel que José Martí, como escritor y poeta, cumplió en ese movimiento literario, pues hasta bien entrado el siglo xx no se reconocía, o se desconocía, este papel.

Años después, en México, Pedro Henríquez Ureña reflexionaría sobre esos años de transformación de la República Dominicana, sobre el papel que realizó su madre en su formación intelectual: "Mi madre había llegado a ser para mí la guía espiritual consultada a cada minuto; y todavía en Puerto Plata, después de dos años transcurridos durante los cuales no hizo un solo verso, había agregado dos estrofas a una composición comenzada en 1890, completándola y titulándola *Mi Pedro*".³⁵ Ese poema, como dijimos antes, sería una línea a seguir a todo lo largo de su carrera intelectual americanista. Por ejemplo, en una carta al dominicano J. Humberto Ducoudray fechada el 25 de noviembre de 1909, le habla de todo cuanto aprendió en su hogar y de la cultura que adquirió en su casa, en donde se le enseñó, en particular, a apreciar y valorar a los intelectuales dominicanos, sin dejar de ser objetivo.³⁶

³⁵ *Memorias-Diarios*, pp. 46-47.

³⁶ "Creo haber dado pruebas abundantes del interés que en mí despierta su poesía [la de Deligne]: interés que existió, puedo decir, desde mi infancia, pues en mi casa se me enseñó a admirar, a él y a todos los altos espíritus del país. Pero una cosa es la preferencia personal y otra la opinión crítica. Yo puedo sentir mayor interés en la lectura de Deligne que en la de Lugones, o dejo de reconocer que el temperamento de Lugones es más absoluta y exclusivamente poético que el del autor de *Aniquilamiento*. En mis viajes he podido oír opiniones suficientes para saber la limitación que debe ponerse al apasionamiento patriótico. Este apasionamiento, en Santo Domingo, impide ver defectos en Deligne, como impide en México ver los defectos de Díaz Mirón. Yo mismo, de no haber viajado, acaso pondría a nuestro poeta a la cabeza de todos los de América". Pedro Henríquez Ureña, *Obras completas*, tomo I, 1976, pp. 348-349.

Henríquez Ureña deja bien clara la idea de que ya a los 12 años su madre había visto todo cuanto él haría en su vida. Él se encargó de no faltar a esos versos que habían trazado, como leyes, su vida futura. Fue en un acto público, en el que su padre leyó un poema de Salomé Ureña, “La fe en el porvenir”, que Pedro descubrió la poesía y la literatura. Fue en ese mes de mayo de 1896 cuando se determinó su carrera literaria, culminación natural del mundo de su madre que, desde que aprendió las primeras letras, venía imitando: “Había ignorado yo hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso. Pero a partir de ese momento, la literatura, sobre todo la poética, fue mi afición favorita. Descubrí que mi madre era poetisa afamada, y principié por formar dos pequeñas antologías, de poetisas dominicanas y de poetisas cubanas (mi madre me habló mucho de éstas)”.³⁷

Pero el 6 de marzo de 1897 muere Salomé Ureña, víctima de una tuberculosis cuyos primeros signos habían aparecido durante el embarazo de Camila hacia 1893. La muerte de Salomé es un *tournant* en la vida de Pedro. Sólo hay que leer lo que él refiere en sus *Memorias* del día del entierro de la poetisa y educadora dominicana:

La multitud de gente que desfiló por la casa, y, sobre todo, la presencia fría de ella, el ser que para mí tenía más vida y más realidad; la multitud sofocante del entierro, y el largo camino, con paradas frente a las casas donde habíamos vivido y donde estuvo el Instituto de Señoritas, cuyas antiguas alumnas concurren casi todas; el acto de la inhumación, en una bóveda del viejo templo de la Merced (adjunto al Convento en el cual estuvo como visitador Tirso de Molina), y los discursos pronunciados, y la inesperada y vibrante poesía de José Joaquín Pérez, todo ello se envolvió para mí en niebla. Ni siquiera la admiración que mi propia madre me había hecho concebir por José Joaquín Pérez fue bastante para que me diera yo cuenta de sus versos. Al regresar a la casa (una casa pequeña que habíamos tomado provisionalmente en la calle Duarte), oí una tos, y tuve la impresión física de que aún estaba allí mi madre: no era sino la tos de una de sus discípulas, algo enferma en esos días, Mercedes Laura Aguiar. Durante meses, mi espíritu continuó en cierto estupor, del cual apenas salía sino para hacer recuerdos de mi madre. Todos los sábados iba al templo de la Merced a colocar flores sobre su tumba.³⁸

A partir de ese momento comienza el final de su infancia y a tomar valor todo cuanto tuviera relación con lo que su madre le había enseñado durante los pocos años que pasó junto a ella.

³⁷ *Memorias-Diarios*, p. 43.

³⁸ *Ibid*, p. 47.

La influencia indirecta de Francisco Henríquez Carvajal

Si Salomé Ureña, mientras las fuerzas se lo permitieron, se ocupó directamente de la educación de sus hijos, Francisco Henríquez y Carvajal nunca lo hizo: la influencia que pudo ejercer en ellos se realiza por intermedio de otros educadores que defendían también los postulados de la enseñanza positivista. Ella había elegido la misma forma de educación que había recibido. Henríquez y Carvajal, en cambio, tenía concepciones más burguesas que su esposa y sabía que la edad de sus hijos lo obligaba a ponerlos en la escuela dominicana, con otros niños de su edad. Esa transformación había comenzado a manifestarse dos años antes de la muerte de Salomé Ureña, cuando ya le era imposible, por razones de salud, dedicarse completamente a sus hijos.

La muerte de Salomé Ureña fue un acontecimiento que transformo completamente la vida de Pedro Henríquez Ureña. Esa pérdida determinó de manera considerable su carrera literaria y su carácter. Para él la muerte de su madre se hacía presente en todos los órdenes de su vida. Ya no tenía a la madre-guía que le dirigía sus lecturas y le ayudaba en su incipiente quehacer literario:

Si mi madre hubiera vivido, insiste Henríquez Ureña en sus *Memorias*, todos estos problemas los habría sometido a su criterio; pero mi padre estaba siempre ocupado, y las horas que dedicaba a nosotros las ocupaba en darnos lecciones científicas; y además, veía con disgusto mi retraimiento y mi afición exclusivamente literaria, que me hacía descuidar los estudios de ciencia. Por esa razón, mi vida fue haciéndose bastante triste, ensombrecida por el recuerdo de la muerte y por la poca aprobación que encontraban mis tendencias.³⁹

Se podría decir que la inclinación literaria de Pedro Henríquez Ureña es una especie de rechazo a lo que su padre, como buen burgués y hombre de poder, trataba de imponer a sus hijos para que luego tomaran parte en la dirección de la República Dominicana. Esto no quiere decir que Francisco Henríquez y Carvajal se opusiera de manera absoluta a las Humanidades. Los Henríquez Ureña habían recibido la educación más completa que se podía dar en Santo Domingo, tanto en el dominio de las artes como de las ciencias. Postulados éstos que enarbolaba la educación positivista que se trataba de imponer en República Dominicana. Sin embargo, Pedro no podía entender, apenas unos meses después de la muerte de su madre, por qué su padre se

³⁹ *Ibid.*, p. 51.

oponía a su afición literaria: "no quiso ser indulgente conmigo",⁴⁰ anota en sus *Memorias*.

Las relaciones entre padre e hijo comenzaron a deteriorarse en 1899, cuando Francisco Henríquez y Carvajal contrajo matrimonio con Natividad Lauransón. Su corta edad le impedía comprender ese matrimonio y la única manera de reaccionar era aferrándose a una carrera literaria a la que, a su parecer, su madre lo tenía destinado. Además, para él era una manera de mantener viva su presencia. Un hecho curioso es que las pocas poesías que escribió datan de esos años, cuando el deseo de imitar a su madre estaba aún vivo en su mentalidad de adolescente. Incluso los temas patrióticos que abundan en sus textos evocan una parte de la poesía de Salomé Ureña. Por otro lado, le era insoportable el traslado a Cap-Haïtien, donde su padre, por razones políticas, estaba obligado a residir.

Francisco Henríquez y Carvajal no podía en realidad proporcionar a sus hijos la misma atención que su difunta esposa. Estaba impedido por su actividad política y por su profesión de médico. Sin embargo, a pesar de sus múltiples ocupaciones, siempre se preocupó porque sus hijos recibieran la mejor educación que se podía adquirir en Santo Domingo. Pero la situación de la familia Henríquez-Ureña iba a cambiar el 26 de julio de 1899, el mismo día en que fue asesinado el dictador Heureaux.

Ese acontecimiento histórico sería importante en la familia y sobre todo en la formación intelectual de Pedro Henríquez Ureña. La caída del régimen abría las puertas del poder a Francisco Henríquez y Carvajal. Su regreso a Santo Domingo permitiría a sus hijos volver a la actividad intelectual a la que su madre los había acostumbrado y que, a juzgar por las memorias de Pedro y Max, ellos anhelaban tanto.

Es en esa época que comienza realmente la carrera literaria de Pedro Henríquez Ureña: publica poemas y traducciones del francés en una revista familiar que dirigía su hermano Francisco. Encontró a la persona que tenía los atributos necesarios para reemplazar a su madre: Leonor Feltz, la alumna preferida de Salomé Ureña. En casa de las hermanas Feltz, Pedro y Max habían vuelto a encontrar el calor intelectual al que su madre los había habituado. Esas reuniones consistían en discusiones y lecturas literarias. Leonor Feltz era una especie de prolongación de Salomé Ureña. Para Pedro, como deja constancia tanto en sus *Memorias* como en *Horas de estudios*, su influencia es tan importante como la de su madre:

⁴⁰ *Ibid.*, p. 40.

A ella debo en gran parte la orientación de mis gustos en sentido plenamente moderno. Antes, como a destiempo perdí la dirección espiritual de mi madre, había tenido que atravesar por tan gratos breñales, como eran los cánones hermosillicos y las arbitrariedades hugonianas; y, aunque libre de ellos, no había penetrado firmemente en la orientación moderna.⁴¹

En ese salón, si se le puede llamar así, se reunían además todos los intelectuales, poetas y escritores dominicanos. Es interesante señalar que Pedro Henríquez Ureña sólo contaba en esos primeros meses de 1900 quince años y, por el intermedio del prestigio de sus padres, era considerado por los principales intelectuales del país como uno de ellos.

Durante los meses que siguen a la muerte del presidente Heureaux se vivía en Santo Domingo una especie de entusiasmo político, producto, evidentemente, del cambio que significaba en la vida nacional el final de 13 años de dictadura absoluta, pero, en el fondo, ese acontecimiento no podía detener la inestabilidad política que se instaló en República Dominicana desde el 26 de julio de 1899. Entre 1879 y 1899

se echaron las bases para que el país se desarrollara como una sociedad burguesa, y se echaron de manera más amplia que a mediados del siglo xviii, pero al final se impuso la naturaleza pequeño burguesa de la sociedad, y el enorme esfuerzo, que costó a los dominicanos muchos sufrimientos a lo largo de una dictadura de más de trece años y de unos siete años de gobiernos democráticos, desembocó en un fracaso penoso, en la formación de un sector de nuevos latifundistas, en un rebrote de la anarquía pequeño burguesa y en la penetración del imperialismo norteamericano por la vía de los empréstitos y de la industria azucarera.⁴²

Las fuerzas políticas que dominaban la vida institucional dominicana se dividían entre los partidarios de Heureaux y sus contrarios. Estos últimos proponían un Estado liberal, y para los primeros no hacía falta que lo fuera.

En ese momento entra en juego una tremenda confusión producida por la trayectoria política del asesinado dictador, pues antes de aliarse con los conservadores había sido liberal y uno de los principales promotores del positivismo en Santo Domingo. De manera que una familia como la Henríquez, por ejemplo, estaba repartida entre opositores y partidarios del régimen.

Federico y Francisco Henríquez y Carvajal se habían alejado de Heureaux cuando tomaron conciencia de que su gobierno comenzaba

⁴¹ *Ibid.*, p. 62.

⁴² Bosh, *La composición social dominicana*, p. 326.

a atacar las instituciones positivistas y a sus defensores, pues se daban cuenta de que se convertiría indefectiblemente en una dictadura. Era lógico que participaran en el nuevo gobierno que se instaló poco después del tiranicidio en 1899. La muerte del dictador trastornaría la vida familiar y profesional de Francisco Henríquez y Carvajal y por consecuencia tendría una influencia notable en la formación intelectual de los Henríquez Ureña, sobre todo en la de Pedro.

La confusión política en República Dominicana era tal que los Henríquez y Carvajal, de tradición liberal, se aliaron con Juan Isidro Jimenes y no con Horacio Vásquez, quien en ese momento era el mejor representante de las ideas liberales que ellos defendían. El 15 de noviembre de 1899, Francisco Henríquez y Carvajal fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores del gobierno del presidente Juan Isidro Jimenes. Esta nueva función en la política dominicana le hizo regresar a Santo Domingo después de unos años de ausencia. En esa época liberal, aunque inestable, también regresó al país Eugenio María de Hostos. Reorganizó la educación y, con sus antiguos colaboradores en el poder, volvieron a reinar las ideas positivistas que habían comenzado a implantarse en Santo Domingo unos años atrás en la época liberal de finales del siglo XIX. La Escuela Normal fue reabierta y Pedro Henríquez Ureña pudo asistir a las clases que allí impartía el insigne humanista puertorriqueño.

Aunque Henríquez Ureña no fue directamente su alumno, se puede adelantar que la influencia que Hostos ejerció sobre sus padres se reflejó en él. Sus consideraciones religiosas son propias del pensamiento positivista de Hostos.⁴³

⁴³ "Hasta los doce años, aceptaba la religión como cosa natural; pero desde los trece comencé a pensar, sin desazón alguna, en sus fundamentos, y a los quince, sin haber leído gran cosa sobre la cuestión (sólo recuerdo la exposición de los orígenes de las religiones, en un resumen de la *Sociología* de Spencer), había pasado naturalmente al agnosticismo", Pedro Henríquez Ureña, *Memorias-Diarios*, p. 38.

Sobre la religión, Pedro Henríquez Ureña se dice, a los 25 años, agnóstico. Y esto se explica por la influencia que tenía en sus padres el educador Hostos, quien con la ayuda del matrimonio Henríquez Ureña creó en Santo Domingo la educación secundaria laica. Por otra parte, Hostos mantenía relaciones de amistad muy estrechas con su familia, en particular con su padre y su tío Federico Henríquez y Carvajal. En cuanto al lado materno la cosa es diferente. Salomé, que él define deísta, hija del poeta y escritor Nicolás Ureña de Mendoza, era poeta de inspiración cristiana. Sin embargo, la influencia que ella ejerció en su hijo, a la que todo el mundo le concede una enorme importancia, se dio en sus gustos literarios e intelectuales, no en lo que se refiere a la religión. Ella nunca trató, según Pedro Henríquez Ureña, de inculcarle la idea de Dios.

En lo que concierne a su moral, también se le puede reconocer la influencia positivista. Como Henríquez Ureña explica a Alfonso Reyes en una carta fechada el 3 de febrero de 1908: "Pues esas ideas viejas las comprendo, como te digo, sobre todo porque fueron mías y me formaron el ambiente moral. Yo sólo he podido transformar mi mundo intelec-

Su admiración⁴⁴ hacia ese hombre puro aparece en estas líneas a propósito de la muerte del educador: “Volvió a Santo Domingo en 1900, a reanimar su obra. Lo conocí entonces: tenía un aire hondamente triste, definitivamente triste. Trabajaba sin descanso según su costumbre. Sobrevinieron trastornos políticos, tomó el país aspecto caótico, y Hostos murió de enfermedad brevísima, al parecer ligera, murió de asfixia moral”.⁴⁵

Poco después de haber obtenido su diploma de bachiller en el Instituto Profesional que dirigía el ex presidente de la República monseñor Fernando Arturo de Meriño, Pedro Henríquez Ureña salió de Santo Domingo con destino a Nueva York el 16 de enero de 1901, en compañía de su padre y de su hermano mayor. Su padre había sido designado por el gobierno dominicano para negociar la deuda contraída por la dictadura de Heureaux con Estados Unidos y algunos países europeos: “Pensó entonces aprovechar la ocasión para llevarnos a Nueva York, a que permaneciéramos allí algún tiempo estudiando y recibiendo la influencia de una civilización superior”.⁴⁶ Con esta actitud, que Henríquez Ureña no parece comprender en sus memorias, se nota la diferencia de métodos educativos entre Salomé y Francisco. Para éste había que sacar a los hijos de Santo Domingo para completar su educación tan pronto como las circunstancias lo permitieran. La ocasión se presentó gracias a esa misión diplomática y, aunque parezca paradójico, esos años neoyorquinos también forman parte de la educación dominicana de Pedro Henríquez Ureña.

Nueva York fue su primer contacto con una civilización de la que sólo tenía referencias librescas. Esta relación directa con una cultura diferente a la latina estaba estrechamente asociada a los acontecimientos políticos de la República Dominicana. Los meses que transcurren

tual: mi moral, en la parte pragmática, sigue siendo la del imperativo categórico”, Pedro Henríquez Ureña, *Epistolario íntimo*, t. 1, p. 41.

⁴⁴ Al margen de la influencia que Hostos pudiera tener sobre sus padres, Pedro Henríquez Ureña era sensible a la opinión que cualquier intelectual tuviera sobre la obra poética de su madre. De manera que las palabras pronunciadas en Chile por el Maestro en junio de 1897, unos meses después de la muerte de su madre, reforzaban su admiración por él: “Las poesías de Salomé Ureña de Henríquez son todas del género lírico y de carácter eminentemente subjetivo; pero como el sujeto es una entidad de primer orden en cuanto dice relación a sentimientos nobles y a ideas generosas, la tarea de la poetisa dominicana abarca todos los tonos: el familiar, cuando hablan en ella los sentimientos de familia; el elevado, cuando hablan los nobles impulsos y deseos de la educadora; y el tono de la indignación y del entusiasmo, cuando hablan ideas, sentimientos y aspiraciones patrióticas”, Eugenio María de Hostos, *Páginas dominicanas*, p. 42.

⁴⁵ Pedro Henríquez Ureña, “Ciudadano de América”, en *Obra crítica*, México, FCE, 1960, p. 676.

⁴⁶ *Memorias-Diarios*, p. 77.

entre 1901 y 1904 le ponen constantemente en contacto con el mundo desarrollado, con ese “progreso” que asedia y obsesiona la poesía de Salomé Ureña. Son años de formación y de contacto con otras culturas, con otro mundo, particularmente el anglosajón y el germánico.

Sin embargo, como le sucedió durante toda su vida después de la muerte de su madre, la política interna dominicana y su característica inestabilidad tendría siempre una incidencia importante en su vida cotidiana. Poco después de estar estudiando en Nueva York, el gobierno de Jimenes fue derrocado y su padre —ahora en la oposición— no podía seguir enviando dinero a sus tres hijos. Durante un tiempo se vio obligado a ganarse la vida para poder sobrevivir:

De pronto, un suceso para nosotros inesperado cambió de manera definitiva nuestra suerte. Horacio Vásquez, el vicepresidente de Santo Domingo, se levantó en armas contra el presidente Jimenes, el 26 de abril de 1902; y a principios de mayo, el gobierno había cambiado. La noticia me llenó de estupor; y luego recibimos las cartas de mi padre en que nos decía que era necesario pensar en economías: mientras estuvo en el gobierno, gastó lo que su permanencia en el Cabo Haitiano le había producido.⁴⁷

Evidentemente, Pedro Henríquez Ureña compartió siempre la misma opinión política de su padre. Se opuso abiertamente al gobierno de Horacio Vásquez y a toda la política de su gobierno.

La distancia y la decepción no impidieron a Henríquez Ureña, durante esos años de desorden político en Santo Domingo, mantenerse en contacto con los principales protagonistas de la vida institucional dominicana. Había tomado la actitud (de manera consciente) de un testigo privilegiado de lo que pasaba en su país, tal vez predispuesto por aquellos versos de su madre: “Amante de la Patria, y entusiasta, / el escudo conoce, en él se huelga, / y de una caña, que transforma en asta, / el cruzado pendón trémulo cuelga”.⁴⁸ Es también esa crisis dominicana la que le pone en contacto con la realidad. El derrocamiento de Jimenes puso fin a su intensa actividad cultural —sobre todo como espectador y lector— en Nueva York. Para sobrevivir, como buenos productos positivistas, su hermano Francisco y él recibieron una formación de contables que les permitió permanecer en esa ciudad hasta marzo de 1904, cuando su padre decidió que debían viajar a La Habana, donde se había radicado y ejercía la medicina después de los acontecimientos políticos que dieron al traste con el gobierno de Jimenes en 1902.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 90.

⁴⁸ Véase nota 29.

Si Francisco Henríquez y Carvajal decidió radicarse en Cuba luego del derrocamiento del gobierno del cual había sido ministro de Relaciones Exteriores, no es un hecho fortuito. Su actitud obedecía a una antigua tradición de las colonias españolas del Caribe. Familias enteras pasaban, desde los primeros años de la conquista y colonización del Continente, de una isla a otra y hasta a tierra firme. La emigración por razones políticas también era usual en el Caribe. Otras familias dominicanas, cuando la parte española de la isla fue cedida a Francia en 1795 o cuando en 1822 fue ocupada por los haitianos, se habían trasladado a Cuba. Otros, a finales del siglo XIX, buscaban refugio en la vecina isla para protegerse de las dictaduras dominicanas. Para ilustrar la importancia de esta interacción hispánica del Caribe es necesario recordar el papel de los azucareros cubanos en Santo Domingo a finales del siglo XIX, así como también la figura del dominicano Máximo Gómez, jefe del ejército libertador de Cuba.

Pedro saldría de La Habana el 4 de enero de 1906, una semana después de la publicación de *Ensayos críticos*, su primer libro. Esta obra es el resultado de sus reuniones literarias en casa de Leonor Feltz en Santo Domingo, en la que se incluyen sus lecturas dominicanas y trabajos sobre el poeta José Joaquín Pérez y el educador Eugenio María de Hostos, suertes de homenaje a un poeta apreciado por su madre y al pensador que había sido el guía de sus padres, así como también algunos trabajos que revelan la influencia de los tres años de formación neoyorquina. *Ensayos críticos* es el acontecimiento que marca la salida de Pedro Henríquez Ureña de la influencia familiar:

Al fin, vino a decidirme a salir de Cuba el ejemplo de Carricarte, el cual se había ido a instalar a Veracruz como periodista, y nos había escrito pintándonos una brillante situación. Creí en su dicho, y me alisté a partir, sin avisarle a mi padre, quien sabía yo que se opondría. El 28 de diciembre de 1905 me fue entregado mi libro *Ensayos críticos*; y el día 4 de enero me embarqué para Veracruz. Ese mismo día había escrito a mi padre comunicándole mi resolución, a fin de que la carta le llegara cuando me encontrara yo en alta mar; así sucedió en efecto, pero mi padre hizo un último esfuerzo telegrafando a mis hermanos para que impidieran mi viaje si aún no me había embarcado.⁴⁹

A partir de ese momento ya se consideraba apto para volar con sus propias alas, aunque toda su vida estuviera estrechamente ligada al mundo que sus padres le habían esbozado durante su infancia en Santo

⁴⁹ *Memorias-Diarios*, p. 117.

Domingo e indirectamente durante su adolescencia en Nueva York y La Habana.

Max Henríquez Ureña, en sus recuerdos de infancia, deja entender que toda la formación intelectual de su hermano Pedro está estrechamente relacionada con el universo familiar e intelectual de la República Dominicana. “Hermano y maestro” no trata de explicar lo que era Pedro Henríquez Ureña, se preocupa por dar una explicación de las circunstancias que dieron lugar a que más tarde se convirtiera en uno de los más grandes filólogos y críticos hispanoamericanos. Para Max, la formación intelectual de Pedro estaba ya terminada cuando salió de Santo Domingo en enero de 1901.

Pedro Henríquez Ureña también era consciente de todo cuanto le debía al medio familiar e intelectual en el que creció en Santo Domingo. Sus memorias son una manera de analizar su infancia y adolescencia. Esta reflexión, la única que se refiere a esos años, la comienza el 9 de junio de 1909, poco antes de cumplir 25 años. A partir de entonces, Henríquez Ureña acumuló muchos conocimientos y diplomas, publicó numerosos artículos, traducciones y libros, pero siempre fue guiado por lo que había aprendido en su infancia junto a su madre y durante su adolescencia. Esa influencia es tan evidente en su obra que se podría avanzar que un poema de su madre titulado “Ruinas”, cuyos primeros versos evocan la ciudad de Santo Domingo en estos términos: “Memorias veneradas de otros días, / soberbios monumentos, / del pasado esplendor reliquias frías, / donde el arte vertió sus fantasías, / donde el alma expresó sus pensamientos”...⁵⁰ están en el origen de su importante ensayo publicado en 1936 casi al final de su vida, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*.

La patria: nostalgia y decepción

DESPUÉS del 16 de enero de 1901, sólo en dos ocasiones Pedro Henríquez Ureña estuvo en Santo Domingo: unos días en 1911 y unos dieciocho meses entre diciembre de 1931 y julio de 1933. Pero siempre estuvo ligado, tanto afectiva como política e intelectualmente, a la patria que le vio nacer. Durante años le obsesionó la idea de retorno y siempre le hizo comprender a todo el mundo que era dominicano, como escribe a Marcelino Menéndez y Pelayo: “Comprenda usted que, aunque vivo en México, soy dominicano. El malestar crónico de mi país me obliga a buscar aires más puros en éste, aunque desde lejos sigo trabajando por el mío, y rara vez publico mis escritos en el exterior sola-

⁵⁰ Salomé Ureña de Henríquez, *Poesía completa*, p. 107.

mente, sino que los hago aparecer al mismo tiempo aquí y en Santo Domingo".⁵¹ Esa carta data de 1909y, sin embargo, toda su actividad literaria, hasta su muerte en 1946, estuvo siempre ligada a la República Dominicana.

La formación que había recibido en Santo Domingo hasta los dieciséis años pronto iba a entrar en contradicción con lo que sucedía en México, por ejemplo. Ese producto del positivismo hostosiano que era Henríquez Ureña fue estremecido a su llegada a la capital azteca por las concepciones filosóficas de los jóvenes intelectuales que evolucionaban en torno de la *Revista Moderna*. Allí el positivismo era la filosofía oficial de la dictadura de Porfirio Díaz. Sus ideas filosóficas exigían pues una modificación, aunque sabía que la diferencia entre el positivismo mexicano y el dominicano se encontraba fundamentalmente en los teóricos que lo inspiraban en ambos países. El de Hostos, influido por Krause, predicaba la democracia y la alternabilidad, lo contrario del de Comte, que justificaba el totalitarismo y que reinaba oficialmente en México. Esa diferencia conceptual explicaba su positivismo dominicano y, al mismo tiempo, su antipositivismo mexicano. Para Henríquez Ureña, como explica en sus trabajos sobre el tema, el positivismo era la filosofía que mejor se adaptaba a las condiciones de desarrollo de la República Dominicana, y la única que en ese entonces hacía frente a la dictadura.

Las explicaciones y justificaciones del positivismo que hace en sus textos muestran lo que significó para él esa ruptura con la filosofía que habían adoptado sus padres. Ella podía ser interpretada como una ruptura con ellos y su medio familiar, pero en su fuero interno no podía hacerlo de manera radical, como apunta en sus *Memorias*: "Por fin, una noche a mediados de 1907 (cuando ya el platonismo me había conquistado, literaria y moralmente), discutimos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones del positivismo".⁵² Le era particularmente imposible porque no podía destruir completamente las bases de toda la formación intelectual que había recibido en su país.

En Santo Domingo el positivismo había creado además lazos afectivos entre los defensores de esa corriente del pensamiento. Los positivistas habían constituido una especie de francmasonería, una suerte de clan que dominó hasta 1952 la vida intelectual dominicana. Muchos críticos y biógrafos de Pedro Henríquez Ureña cuando se refieren a la

⁵¹ Carta a Marcelino Menéndez y Pelayo citada por Emilio Carrilla. "Cronología comentada", en *El libro jubilar de Pedro Henríquez Ureña*, t. 1, p. 84.

⁵² *Memorias-Diarios*, p. 141.

publicación de su obra *Horas de estudios*, editada en París por la Librairie Ollendorf, sugieren que ella fue posible gracias a la intervención del escritor peruano Francisco García Calderón. Lo que no es del todo cierto. Si intervención extraliteraria hubo, habría que buscarla del lado de Lucas T. Gibbes, quien ocupaba un alto cargo en dicha Librería, y que, además de dominicano, pertenecía a la primera promoción (1884) de la Escuela Normal que había fundado Hostos en Santo Domingo. Lo mismo sucede con la publicación de su ensayo de tragedia antigua, *El nacimiento de Dionisos*, por la imprenta de la revista *Las Novedades* que dirigía en Nueva York Francisco J. Peynado, otro de los ex alumnos de Hostos y en cuya revista laboraba entonces Henríquez Ureña.

A pesar de haber sido conquistado por el “platonismo”, su conducta intelectual era profundamente positivista. No podía deshacerse del lado afectivo que tenía en él esta corriente filosófica, como no pudo nunca disimular su nostalgia de Santo Domingo. Borges apunta con precisión en el prólogo a su *Obra crítica* que “es verosímil sospechar que Pedro al principio engañó su nostalgia de la tierra dominicana suponiéndola una provincia de una patria mayor”.⁵³ Nada más cierto. Antes de 1931, Henríquez Ureña estuvo asediado por la idea del regreso. Para él volver significaba pagar la deuda que había contraído con su madre: enseñar a sus compatriotas todo cuanto había aprendido durante sus años de ausencia. Pero la situación política dominicana, después del tiranicidio de 1899, no lograba estabilizarse. Como durante los años posteriores a la Restauración de la República en 1865, los gobiernos se sucedían de manera desordenada.

La única mejoría visible se produjo después de la convención dominico-estadounidense de 1907. Este convenio permitió a la República Dominicana reducir su deuda externa, pero la sometió al control de Estados Unidos. Fue entonces cuando se volvió a ver un cierto desarrollo en el país, se construyeron obras de infraestructuras: carreteras, puertos, correos, escuelas... La situación dominicana comenzaba a ser propicia para el regreso de Henríquez Ureña.⁵⁴ Fue durante ese aparente bienestar que vuelve a Santo Domingo en mayo de 1911. El poco tiempo que pasó allí le despertó aún más el deseo de regreso y de instalación en su ciudad natal, pero un acontecimiento político de importancia, el asesinato del presidente Cáceres el 19 de noviembre de 1911, volvió a sumir la República Dominicana en una crisis política que terminó con la ocupación militar de Estados Unidos de América en 1916.

⁵³ Jorge Luis Borges, prólogo a *Obra crítica* de Pedro Henríquez Ureña, p. viii.

El 29 de noviembre de 1916, cuando fue declarada oficialmente la ocupación militar estadounidense, el presidente de la República era Francisco Henríquez y Carvajal. Había aceptado el llamado del Congreso dominicano después de la renuncia del presidente Alejandro Nouel. Tomó posesión del cargo unos días después del desembarco de las primeras tropas estadounidenses, el 31 de julio de 1916, y cuatro meses después, cuando la ocupación fue declarada oficialmente, salió a recorrer todo el continente en busca de apoyo y de solidaridad para liberar su país.

Francisco Henríquez y Carvajal tuvo el apoyo incondicional de sus hijos. Max le acompañó en su recorrido americano y hasta publicó una obra sobre el tema, *Los americanos en Santo Domingo*. En cuanto a Pedro, cuando se produjo el acontecimiento, acababa de comenzar a trabajar en calidad de profesor en la Universidad de Minnesota y, como era hijo del presidente del país ocupado, un periódico de esa localidad, *The Journal*, consideró el hecho de que trabajara en una universidad estadounidense como una preferencia por Estados Unidos, pero su respuesta no se hizo esperar y puso de relieve su dominicanidad.⁵⁵

En 1924, cuando las tropas norteamericanas salieron de Santo Domingo, la República Dominicana comenzaba a dar muestras de estabilidad política. Henríquez Ureña, entonces profesor en Argentina, seguía obsesionado por la idea de retomo. En la mayoría de sus cartas y hasta en sus trabajos críticos se vislumbra que el regreso era ya algo más que una obsesión, se había convertido en una necesidad. Para ilustrar lo que precede es suficiente reproducir este fragmento de una carta dirigida el 12 de febrero de 1927 a su compatriota Américo Lugo:

⁵⁴ “He decidido irme a Europa a principios del año próximo [1910], para lo cual estoy ya reuniendo el dinero necesario, y después de un año o más que pase allá, regresar a Santo Domingo. Ya había dicho a mi padre que me parece aceptable la proposición que se le hace de aceptar la Rectoría del Instituto Profesional de Santo Domingo, porque así podrá trabajar poco y la familia volverá al país, que ya está en paz; y por último, al cabo de un año yo me les reuniría. Ir a La Habana ahora sería incurrir en gastos que me harían retardar mi viaje a Europa, y, por lo tanto, mi regreso a Santo Domingo”, *Memorias-Diarios*, p. 169.

⁵⁵ “Me veo obligado a corregir la suposición de que yo pueda preferir ningún país a mi propio Santo Domingo. Creo que soy lo bastante cosmopolita para gustar de todos los países —como en realidad gusto—, pero el mío, pobre e infortunado como es, es *el mío*, para bien y para mal, *right or wrong* como diriais vosotros mismos. No me agrada entretenerme en comparar diversos países; lo que me gusta de cada uno es su carácter individual, su originalidad nacional. Para gustar de Estados Unidos no se necesita hacer comparaciones. En cuanto a mi trabajo en la Universidad, no podía yo dejar de venir después de haber aceptado mi nombramiento, y desde luego celebro estar aquí”, citado por Rodríguez Demorizi, *La dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, p. 17.

Los periódicos de Santo Domingo me mantienen la visión clara de allá. Patria es una gran cosa. No hallo, por desgracia, perspectivas favorables a deseos míos: la posibilidad de regresar algún día *definitivamente*, a vivir *allá*. Aquella situación, enredada, por lo interno y por lo externo, parece estorbar toda labor seria que aspire a ser sostenida. Sin embargo... si fuera posible hallar allí trabajo y pasto para mis actividades y hogar cómodo y seguro para mi familia, me iría.⁵⁶

En diciembre de 1931, a su entender, las condiciones estaban dadas para que pudiera realizar ese deseo que le obsesionaba desde que salió de Santo Domingo en 1901. En las elecciones de mayo de 1930 había sido elegido presidente Rafael L. Trujillo, un militar que había sido lanzado a la vida pública dominicana por el ejército de ocupación. Sin embargo, a pesar de ser el producto político de una ocupación extranjera, Trujillo supo granjearse el apoyo de los nacionalistas dominicanos al enarbolar como estandarte el problema de la frontera con Haití, un conflicto que se había creado desde los tiempos de la dictadura de Heureaux. Entre esos nacionalistas que se habían dejado seducir por el nuevo presidente figuraban Max Henríquez Ureña y Francisco Henríquez y Carvajal. El primero había sido designado superintendente de Educación y el segundo ministro plenipotenciario en Port-au-Prince.

Si se toma en cuenta la relación que existía entre Max y Pedro, resulta fácil comprender la razón por la cual este último considera que había llegado el momento de regresar a la República Dominicana. De manera que cuando Max fue designado ministro de Relaciones Exteriores, Pedro fue nombrado en su lugar en la Superintendencia General de Educación. Se lo acogió en Santo Domingo como un héroe nacional: "Fue recibido en el muelle por las autoridades escolares, por los planteles de enseñanza y por una enorme multitud, en la cual figuraban prominentes ciudadanos [...] Desde el muelle hasta la Universidad, donde Pedro Henríquez Ureña [*sic*] agradeció emocionado la cálida recepción, el desfile revistió carácter apoteósico".⁵⁷

Pero ni ese recibimiento ni toda la consideración que el gobierno mostró con respecto a su persona y a su renombre intelectual, impidieron a Pedro Henríquez Ureña darse cuenta de los verdaderos fines de ese régimen, y en julio de 1933, con el pretexto de visitar a su familia que pasaba unos días en París, donde su padre había sido nombrado

⁵⁶ *Ibid.*, p. 33.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 34-35.

ministro plenipotenciario, salió de Santo Domingo decepcionado: “No me cabe la menor duda”, escribe su hija Sonia,

hubiera sido su mayor deseo vivir y darlo todo en su Santo Domingo. Desgraciadamente ese deseo no pudo cumplirse nunca. Desde muy joven abandonó su patria y ya en su plenitud intentó establecerse y vivir definitivamente en su país, pero no fue posible. Recuerdo la amargura de esos años, cuando regresó de su frustrado intento. No pudo disimularlo y su abatimiento fue grande.⁵⁸

De todos los miembros de la familia, sólo Max siguió trabajando con el gobierno de Trujillo. Su padre, como cada vez que la situación dominicana le era insoportable, volvió a radicarse en Cuba, donde murió en 1935. Pedro no volvió más a Santo Domingo. Pero su decepción no empañó en lo más mínimo lo que para él significaba la República Dominicana y la educación que había recibido allí antes de 1901. Poco antes de que le sorprendiera la muerte el 11 de mayo de 1946 en Argentina, Pedro Henríquez Ureña había dado muestras de simpatía por la causa de los antitrujillistas dominicanos en su lucha por la defensa de los derechos humanos.⁵⁹

⁵⁸ Sonia de Hito Henríquez Ureña, “Unos versos proféticos”, citado por Juan Jacobo de Lara, en *Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra*, Santo Domingo, UNPHU, 1975, p. 66.

⁵⁹ Véase Pedro Henríquez Ureña, “Carta a Pericles Franco”, en *Obras completas*, tomo x, 1980, p. 457.